



PARTE SEGUNDA

MARIPOSAS

I

Un Concierto matinal.

Abrese este capítulo en día festivo y radioso, fopolitano legítimo, en que la diáfana y serena inmensidad parecía océano glorioso, mar de tintas soñadas incomparablemente ténues; día de luz blanda y risueña, como de idilio, bajo un sol espléndido, rojo y gualda, propio á iluminar dichas y apoteosis. Frescos cefrillos cargados de rumores y perfumes bajaban de las montañas, apenas esfumadas con cerúleos contornos en el lejano horizonte; la naturaleza toda estaba alegre y de fiesta. cada árbol parecía una palma triunfal y cada planta búcaro de flores y pebetero de

esencias. Las aves, flautas aladas de la naturaleza, celebraban en todos los tonos de su extenso y sonoro registro, el triunfo del sol, la serenidad de la esfera, la frescura del ambiente, y la inefable y no igualada alegría difundida sobre la tierra, como reflejo de la sonrisa del cielo.

Despertó Berta cuando las primeras claridades de la mañana se filtraban por las ventanas del dormitorio; había dormido bien, y ni aun siquiera se acordaba ya de la declaración de Joaquín, con esa ingratitud propia de los corazones que no aman. Poco después, cuando pensó en él, no le importunó ningún remordimiento. Si él la quería, era por su propia cuenta, sin que tuviese ella que echarse en cara ni la ligereza más leve, ni la más pequeña coquetería, que hubiesen podido dar nacimiento á su cariño ó alentarle después de nacido. Algo habría dado porque su compañero de infancia no la amase, pues le dolía que sufriese, y deseaba verle dichoso; pero no se sentía culpable por no quererle, pues pensaba que el cariño no se va donde se le lleva, sino á donde le llama el misterioso destino. Experimentó al despertar, una sensación de bienestar inefable, que la obligó á quedarse un rato más de lo acostumbrado en el lecho, como sumida en arbo inconsciente. ¿Qué era aquello? ¿De qué fuente venía la dulce sensación difundida por sus venas y

nervios, que llegaba á su cerebro blanda y voluptuosa, como una suave embriaguez? Nada había que pareciese explicar tan plácido estado: ninguna novedad en el curso ordinario de la vida, nada halagador en el pasado, ninguna esperanza para lo futuro. Aquel día hubiera debido ser igual á los otros, y, sin embargo, no lo era. Habíanla despertado la luz que penetraba por las rendijas de la ventana, el canto de los pájaros y el corazón emocionado por extrañas é ignotas causas. La luz le había dicho: "levántate, el cielo está puro, el sol radioso, todo respira felicidad en el espacio;" los pajarillos le habían cantado: "este día es de inmensa fiesta, la música boga en el ambiente, y la alegría irradia en los rayos del sol;" y el corazón le había murmurado: "goza la hora presente, el destino te sonríe, la felicidad te espera." Y Berta, embargada por misteriosos anhelos, se había puesto á escuchar aquellas voces con palpitations de corazón y vaga esperanza de un bien ignorado; y al levantarse, había encontrado todo más bello, como si durante la noche hubiesen sido renovadas todas las cosas: la inmensidad más profunda, el cielo más azul, más diáfana la atmósfera y más dulces y acordadas las voces de la vida y los rumores de la naturaleza. Peinó, pues, con más esmero que de ordinario, la cabellera rubia, y vistió el más lim-

pio y nuevo de sus trajes, como si aguardase la llegada de algún rey; y, permaneciendo ante el espejo más tiempo que de ordinario, talareaba con voz fresca y pura, alegres concioncillas que se le venían á los labios.

Sus compañeras echaron de ver su buen humor, y le decían:

—¡Qué buen aspecto tienes!

—¡Cuán animados parecen tus ojos!

—¡Qué colores tan vivos llevas en las mejillas!

Y ella contestaba:

—Dios sabe por qué será; me siento muy bien y contenta.

Y el hecho fué que todo le salió de perlas aquella mañana. Tomó el desayuno con buen apetito, hallando en los alimentos un sabor más grato y delicado que el de costumbre, y hasta el vaso de agua que vació al concluir la colación, fué para su paladar más fresco y puro que el de los otros días. Oró en la misa con más fervor que de ordinario, y se sintió, al caer de hinojos, inundada por suave misticismo, por inefable amor á Dios, y por una gratitud inmensa á los beneficios del cielo; entretanto que una gran confianza en la bondad suprema y una esperanza infinita en su misericordia, le daban alientos desconocidos.

Conforme á la disciplina del Hospicio, cada nave de la capilla estaba destinada á

un grupo especial de asilados: los adultos, ancianos y estropeados, se arrodillaban en una; otra quedaba reservada á los niños; otra, á los jóvenes, y la última, á las niñas núbiles. En la parte céntrica y bajo la alta cúpula, levantábase el altar, visible desde todas partes del templo. Berta, embelesada y conmovida por el rezo, la voz del órgano y la suave languidez que produce el incienso, seguía con mirada atenta los movimientos rituales del sacerdote, y no observaba que Joaquín, desde la nave contigua, tenía fijos en ella los ojos, irrespetuoso para el lugar y para el santo sacrificio, porque no pensaba más que en ella. Si Berta le hubiese columbrado, se habría entristecido, pensando en las amarguras de su corazón, y aquella tristeza hubiera empañado la espontánea y sencilla felicidad de aquella mañana; mas no lo vió por fortuna, y el impulso de bienestar que una mano invisible había impreso á su ser, no fué atajado ni detenido por ningún contratiempo.

Acabada la misa, salió en compañía de Virginia, á pasear por los departamentos de los más infelices; y como era día de descanso y expansión, pudieron obsequiar con música y canto á sus hermanos de infortunio.

Pronto se les reunió José, el carpintero listo y cortés, que seguía siempre sus pasos, cuando visitaban aquellas partes

del edificio. El muchacho, que frisaba en los veinte años, era de fisonomía graciosa, cuidaba de andar siempre aseado y tenía maneras muy dulces. Su constante asiduidad cerca de las dos amigas, había acabado por llamar la atención de Berta.

—Buenos días, José, murmuró ésta al verle.

—Buenos se los dé Dios á ustedes, repuso el muchacho con afabilidad.

—¿Cómo te va, José? repuso Virginia.

Su mano, que en aquellos momentos se apoyaba en el hombro de Berta, se estremeció involuntariamente; y ésta, siguiendo el curso de una sospecha apenas esbozada, volvió el rostro para ver á su amiga, y observó que la ciegucecita estaba pálida y que José parecía también muy conmovido.

—Bien, murmuró Berta al oído de su amiga; aquí hay gato encerrado. Ya me contarás eso.

La ciegucecita se sonrojó por toda respuesta; y Berta, respetando su cortedad, prosiguió alegremente, dirigiéndose á José:

—Llegas como siempre, á buen tiempo, pues apenas comenzamos la visita. ¿Quieres ayudarnos con la guitarra?

—Con todo gusto, contestó el muchacho.

Y tomándola con suavidad de manos

de Virginia, que se la cedió en silencio, añadió:

—Yo la llevaré para que no te canses; cuando la necesites, me la pides.

—Pero ¿cómo te molestas?

—No es molestia.

Virginia turbada, siguió oprimiendo nerviosamente el hombro de su amiga, sin darse cuenta de lo que hacía, y Berta sonrió para sus adentros, creyendo tener la clave del enigma. Bajo aquella impresión, continuó la gira musical por patios y corredores; pero desgraciadamente no duró largo rato, porque Paulina se presentó de improviso para interrumpirla.

—Berta, dijo, vengo á llamarte de parte de sor Ignacia.

—¿Qué pasa?

—Acaban de llegar las Denas, repuso Paulina; vienen á convidarnos á pasar el día con ellas. Van á tener un concierto matinal.

—¿A honras de qué?

—Sólo ellas lo saben. Vamos.

—Vamos, repuso ésta.

Y se despidió con sentimiento de Virginia, al pensar que la dejaba sola.

—Anda, Bertita, dijo la ciega, no tengas cuidado por mí; me sé acompañar bien con la guitarra, y pues tengo público que me oiga y permiso para cantar, voy á continuar así hasta la hora del refecto-

rio. Ya sabes que cuando canto, no me corre la vida.

—Es cierto, y además, se queda contigo José, que no es mal compañero, repuso Berta con intención.

Virginia se ruborizó por toda respuesta; pero el mancebo se apresuró á contestar, sin atreverse á tutearla:

—Pierda usted cuidado; no me le separaré para nada.

—Te la recomiendo mucho, José, no vayas á darme malas cuentas del encargo.

Diciendo así, se despidió Berta sonriendo, en tanto que Virginia callaba llena de confusión; y siguió con Paulina hasta la sala de recibir.

—Buenos días, linda, dijo Socorro al verla, echándole los brazos al cuello y besándole las dos mejillas, una después de otra.

—Buenos días, preciosa, dijo Consuelo, haciendo lo mismo.

Berta les contestó con iguales demostraciones de afecto.

—Las niñas, dijo sor Ignacia señalando á las Denas, han venido á convidar á ustedes para una fiestecita que van á tener en su casa, y yo les doy permiso para que vayan y pasen el día con ellas.

—¿Estamos bien así? preguntó cándidamente Berta, sin recordar que no tenía mejor traje que el que llevaba puesto.

—Perfectamente, repuso Consuelo, te

ves muy elegante; pero necesitarás arreglarte un poco la cabeza.

—Lo mismo tú, Paulina, agregó Socorro, á pesar de que las bonitas como ustedes, como quiera lo parecen.

Berta recibió la frase con rubor; Paulina no pudo menos que comparar su traje de tela ordinaria, con los nuevos y costosos que llevaban sus amigas, é hizo un mohín de disgusto. Sor Ignacia observó el contraste de sus dos fisonomías, y tan prendada quedó de la sencillez de Berta, como dolida de las pretensiones de Paulina.

—Las aguardamos, dijo Socorro; no tarden mucho en el tocador, pues á las once llegan los convidados, y son las diez pasadas.

En un momento quedaron listas Berta y Paulina, con adornos de cintas y flores en el pelo; y, después de recibir la bendición de sor Ignacia, salieron en compañía de sus amigas. Afuera aguardaba el coche; un elegante "landeau" llegado últimamente de Méjico, de esbelto rodaje cristales ingleses, herraje plateado, blandos cojines, refulgente barniz y capirote de fino cuero. El gallardo tronco con ricos y brillantes arneses, piafaba sacudiendo los frenos, impaciente por emprender la marcha.

La casa de la familia Dena había sido recientemente restaurada; era hermosa,

baja y de vastas dimensiones. Un gran patio con fuente de mármol y poblado de tiestos de porcelana con camelias y gardenias, se abría frente al zaguán, mostrando en su contorno una armoniosa, ligera y elegante arquería pintada al óleo. Por los corredores, en los amplios muros, había pintados paisajes y marinas de gusto dudoso; pero que, probablemente, habían costado á la dueña un ojo de la cara. Los pisos lucientes, de hermosos ladrillos de color naranjado, brillaban como espejos, retratando en su limpia superficie la imagen de objetos y personas. Al extremo de uno de los corredores, abríase la puerta que conducía á la antesala, en la cual un ajuar austriaco y un perchero con luna, daban la bienvenida á las visitas. El salón era un vasto aposento tapizado de rojo y oro, con "plafond" claro de elegantes artesonados y de inmenso rosetón central, de donde pendía una araña para cincuenta bujías. La alfombra roja también, afelpada y flamante, ahogaba el ruido de los pasos, y ordenados en fila contra los muros, mirábanse lujosos sillones, sillas y confidentes de costoso brocado, en armonía con los colores de muros y alfombra. Hacia uno de los extremos, se destacaba un enorme piano de cola para concierto, de los más afamados y caros de la acreditada fábrica de Chickering; y al extremo opuesto, se veía una enorme

consola de tapa de mármol, sobre la cual se ostentaba un gran reloj de bronce resguardado por gigantesco capelo de amplio y fino cristal. Por las esquinas había altos y ventrudos tibores de delicada china, de esos que en tiempo de la Colonia traía la Nao que desembarcaba por Acapulco, y que ahora no se importan ya ni se fabrican. Por los muros, había elegantes grabados con dorado marco y resguardados por cristales ingleses, según el gusto de la época: "el Diluvio Universal," "el Suplicio del Gólgota," "el Último Pensamiento de Weber" y "Milton dictando á sus hijas "El Paraíso Perdido," y arriba del piano, el retrato de don Arnulfo "de" Dena, jefe de aquella familia y fundador de aquella casa, caballero "ñato," de negras patillas, cejijunto y de algo más de mediana edad, á cuyo lado se ostentaba el escudo de la familia, que no describimos por falta de conocimientos en heráldica.

Doña Anastasia recibió á las niñas con protección.

—Buenos días, Berta; buenos días, Paulina, les dijo, dándoles la punta de los dedos á una después de otra; pasen á sentarse.

Habían llegado varios convidados, poco después se presentaron otros, y así continuaron afluyendo al salón, hasta que se ocuparon todos los asientos, y sona-

ron las once, que era la hora designada para principiar el concierto; mas no por eso comenzó éste, porque faltaba, sin duda, algo muy importante. Consuelo y Socorro consultaban á cada momento el reloj y parecían inquietas. Algunas veces murmuraban:

—¿Qué harán?

—¿Por qué no habrán venido?

Por fin llegaron. ¿Quiénes eran? Dos alemanes, Julio Grimm y Gustavo Schultze. Su llegada rompió el hielo: hubo movimiento de sillas y personas, y una oleada de animación pasó por el concurso. ¿De qué provenía la importancia de aquellos jóvenes? Vamos á decirlo. Eran comerciantes de Colima, y venían en pos de las señoritas Denas, cuya conquista tenían bastante adelantada. La familia acababa de volver de un viaje á esa pequeña, coqueta y simpática ciudad de la costa Occidental, importantísima entonces, no sólo por su florecimiento mercantil, sino también por ser centro y almacén de una lucida agrupación de comerciantes germanos, rubios, limpios y bien peinados, que trabajaban por el día y bailaban y bebían cerveza por la noche. Tres cosas importantes se habían observado con relación á ellos: en primer término, que eran muy impresionables y cortejaban á todas las jóvenes que llegaban al lugar; en segundo, que solían casarse con indias

cobrizas y feas; y en tercero, que, una vez casados, eran excelentes esposos, y sin más exigencias que las de obligar á sus mujeres á cocinar, vestirse de claro y andar de prisa. Dadas tales circunstancias, fácil es comprender el entusiasmo que embargaría al sexo femenino de aquella región, por visitar y conocer tan ameno y dichoso sitio, donde resonaban perpetuos ¡hurra! lanzados al estallar el champaña y ecos arrebatadores de valeses de Strauss. Había que ir allá para gozar de la naturaleza, llegar al Pacífico, tomar baños de mar y ver lo que se pescaba en agua ó tierra. Las muchachas casaderas que volvían de esa gira, contaban maravillas. Don Gualterio H., jefe de una casa fuerte, se había casado con su cocinera; don Adolfo G., rico negociante, había libertado del bochorno de la soltería á una cotorra de más de cuarenta años; don Othón X., contratista del palo de tinte, había caído en la red de una negra de pelo crespo y enormes getas. Menos que eso se hubiera necesitado para que las fopolitanas más ó menos desahuciadas por el matrimonio, aprestasen sus maletas y se pusiesen en marcha hacia aquel Eldorado; y en efecto, á favor de tan estupenda oportunidad y de ocasión tan nunca vista, se advirtió un gran movimiento femenino en dirección á aquel puerto de salvación amorosa; de suerte que

los caminos del Sur pululaban de diligencias y carruajes de viajeras, y por las pendientes y veredas de las Barrancas de Beltrán y Atenquique, no se oía más que ruido de faldas. Puede afirmarse sin temor de error, que el entusiasmo despertado por los viajes á Colima, no cedió en nada, por aquel tiempo, al fervor con que se hacían antaño las romerías de Santiago de Compostela, ó se hacían ahora las peregrinaciones á la Meca.

Desgraciadamente, habiendo perdido Colima bien pronto su importancia mercantil, plegó sus tiendas la colonia germana que la poblaba, y se marchó á otros más felices lugares, llevándose consigo aquellas milagrosas tablas de salvación, que estuvieron por tantos años al alcance de blancas manos, ansiosas y náufragas.

La familia "de" Dena alcanzó los tiempos bonancibles de aquella alegre ciudad, y cuando tuvo por averiguado que los fopolitanos se negaban á aceptar la dicha amorosa que les ofrecían Consuelo y Socorro, se dejó atraer por los hosannas de liberación llegados de la tierra del coco y del café, y determinó, como último recurso, tomar parte en el movimiento general; y no se equivocó al emprender el viaje á tan lejana comarca, pues las castas doncellas que formaban su orgullo, encontraron buena caza por aquellos lugares, y pudieron disparar sus arcos un tanto enmohecidos

con excelente y nunca visto resultado. Lo que significa en lengua menos metafórica, que las niñas "de" Dena tuvieron algunos admiradores por allá.

Entre ellos figuraron Julio Grimm y Gustavo Schultze. Julio, en efecto, "casi" se había declarado á Consuelo, y Gustavo "casi" había caído á los pies de Socorro. ¿Cómo se explica el fenómeno? ¿Qué fué lo que aquellos buenos teutones pudieron ver en tan rezagadas doncellas, que los obligase á caer en sus apollilladas redes? Vamos á decirlo. Los atractivos del trato de las jóvenes fopolitanas ejercieron sobre ellos una fascinación de mera oportunidad. Consuelo y Socorro tocaban el piano, hablaban y traducían el francés, tenían buenas maneras y hasta dibujaban un poco; así que Grimm y Schultze, que tenían, como buenos alemanes, un poco de cultos y de artistas, se prendaron de sus gracias y refinamientos. Socorro, jovial y decidora, armonizó pronto con el carácter de Gustavo, que era inquieto, impetuoso y alegre. Consuelo era un tanto romántica, gustaba de la poesía y aun pepetraba de reserva una ú otra cuarteta; por ahí engranó, pues, con Julio, que era retraído, melancólico y soñador. Las traducciones de Schiller y Goethe que Grimm hacía con frecuencia, pasaban á manos de Consuelo apenas terminadas, y ésta las leía, aprendía de memoria, y aun co-

piaba con la hermosísima letra caligráfica que había sacado del colegio. Muy pronto había logrado imitar á la perfección la escritura alemana, y obsequiar á Julio con copias de traducciones, en forma casi idéntica al original. Tales finezas habían tocado el corazón del joven; de suerte que, mientras Socorro y Gustavo reían en á más y mejor, bromeaban y recorrían en briosos corceles los campos vecinos á la población, Julio y Consuelo permanecían en casa hablando de literatura ó leyendo versos. Sea por eso ó por lo que se quiera, el hecho fué que, cuando las jóvenes "de" Dena emprendieron la marcha de vuelta á Fópoli, estaban muy adelantados ya sus incipientes amores con Grimm y Schultze, quienes se enternecieron al verlas partir, y les ofrecieron ir pronto á visitarlas á Fópoli. Julio y Gustavo cumplieron la promesa de ahí á poco, y la familia beneficiada, loca de alegría, no sabía qué hacer con ellos para festejarlos; tanto que la fiestecita á que nos referimos, no era más que uno de los números del rico y variado programa organizado en su honor por doña Anastasia y sus tiernos vástagos. Por eso no comenzó la audición hasta que ellos se presentaron.

Desgraciadamente las señoritas "de" Dena no fueron bastante francas con las expósitas para confiarles su secreto; sea por el desdén con que las veían, sea por

temor de quedar en ridículo una vez más (pues varios chascos de esa especie les habían pasado), si daban por hecho el compromiso y al fin no se casaban; pero su reserva, prudente tal vez, estaba destinada á producir equivocaciones lamentables, como se verá más adelante.

 II

Continuación del anterior.

Pasadas las presentaciones, se dió traza á principiar el concierto. Grimm tocaba el piano, Schultze el violín, y ambos se acompañaban perfectamente; así que los dos amigos, apenas cambiados los saludos de ordenanza, iniciaron la audición, ejecutando con soltura y corrección una pieza germánica de gran dificultad. Y mientras tocaban, las señoritas "de" Dena no les quitaban la vista de encima. Examinémoslos también por nuestra parte.

Era Julio un joven como de treinta años, de estatura elevada, cutis claro y sonrosado, ojos azul turquí, tristes y serios, pelo y barba rubios, aquél y ésta partidos por en medio, á la costumbre de Maximiliano, entonces en privanza. Su aspecto era muy elegante y cuidado; lle-